



SECRETARIADO
DE PASTORAL
LITÚRGICA DE
LA ARQUIDIÓCESIS
DE MÉXICO

TALLER DE ANIMADORES LITÚRGICOS

(3 —B)

LOS OBJETOS DE USO LITÚRGICO



1.- A modo de introducción

Cada cosa tiene su nombre y hay un nombre para cada cosa. Un axioma muy conocido. Pero que puede completarse. A veces, una misma cosa, un mismo elemento, puede recibir diferentes denominaciones. Según su uso. Según el uso que se haga de ella, una cosa recibe uno u otro nombre determinado por el contexto en el que se usa. Por otra parte, hay cosas que mantienen el mismo nombre sea cual sea su uso. Y hay cosas que han quedado reducidas, en su uso a un ámbito concreto y parece que sea este uso el que determine su nombre.

Aquí, eludiendo esa diversidad que puede darse al llamar las cosas por su nombre, nos referimos sólo al nombre que reciben los objetos que se usan en los actos litúrgicos. Así, al nombrarlos, o al hablar de ellos o al usarlos, no nos confundiremos, es decir que aplicaremos a cada cosa su nombre.

Por último, es preciso decir que aquí sólo hablaremos de objetos, no de elementos arquitectónicos ni de vestiduras u ornamentos litúrgicos. Pero esto no significa que no hablaremos también de algunos elementos que, de hecho, no se pueden considerar objetos. Serán tan sólo aquellos elementos, con frecuencia textiles, que, por su relación directa con los objetos de los que se trata, convendrá mencionar.

Cada cosa y su nombre

Anillo del pescador		Copón		Matraca	
Anillo episcopal		Corporal		Naveta	
Aspersorio		Crismera		Ostensorio	
Báculo		Cruz pectoral		Palia	
Cáliz		Cruz		Patena	
Campana		Cucharilla		Píxide	
Campanilla		Custodia		Pixis	
Candelabro		Encolpion		Portapaz	
Candelero del ciriopascual		Férula		Relicario	
Candelero		Hijuela		Sagrario	
Carillón		Hisopo		Tálamo	
Cirial		Hostiario		Teca	
Conchabautismal		Incensario		Turíbulo	
Conopeo		Lámpara del Santísimo		Umbela	
		Lavabo		Vinajeras	
		Lipsanoteca		Viril	

2.- *Objetos relacionados con el culto eucarístico*

El cáliz

Damos el nombre de **cáliz** a la copa destinada, en la celebración de la Eucaristía, en la celebración de la Eucaristía, a contener el vino (mezclado con un poco de agua) que será transformado en Sangre de Cristo y que se usará, en el momento de la distribución de la Eucaristía, para que los fieles puedan comulgar con la especie del vino. Cuando hablamos del cáliz nos referimos sólo a esta copa, a este vaso, y a nada más.

El cáliz es, probablemente, el objeto litúrgico más antiguo. Todos los relatos de la institución de la Eucaristía nos dicen que Jesús, en la última cena, la víspera de su Pasión, “tomó el cáliz, pronunció la acción de gracias, y lo pasó

a sus discípulos diciendo: Bebed todos; porque ésta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos los hombres para el perdón de los pecados” (Cf. Mt 26, 26-30; Mc 14, 22-26; Lc 22, 15-20 y 1 C 11, 23-25).

Breve noticia histórica

A lo largo de la historia, esta copa llamada “cáliz” (derivado del latín “calix”) ha tenido diferentes formas. A parecer de los eruditos, el cáliz era de cristal y su decoración consistía en presentar pintada o dorada su base. Según dicen, era de cristal para no excitar la codicia de los gentiles. También se sabe que, en los primeros siglos, se usaban cálices de madera, pero este elemento dejó de utilizarse pronto a causa de la porosidad que con frecuencia presenta la madera. En tiempos de san Agustín ya se fabricaban cálices de metales preciosos, lo que después será normativo, salvo en tiempo de persecución o miseria.

Según la documentación disponible, muchos de los cálices antiguos descansan sobre una base más o menos decorada y disponen de dos asas situadas cerca de la parte superior de la copa.

Desde los siglos IX al XI, la copa de los cálices es semiesférica o cónica. A principios del siglo XIII la copa se hace más alta, con el pie lobulado y con ornamentación variada. El renacimiento cambió mucho la forma del cáliz, acampanando la copa —como si fuera el cáliz de una flor— sostenida por un esbelto tallo que nace de una base muy ancha. En la actualidad, en general, se han retomado las formas más simples, tanto para la copa como para el pie decorado, frecuentemente, con algún motivo de carácter eucarístico.

Conviene saber que, hasta el siglo XIII, existían los llamados *cálices ministeriales*. Eran cálices más o menos grandes destinados a la comunión de los fieles con la especie del vino. También había los llamados *cálices de oblación*, destinados, posiblemente, a contener el vino que ofrecían los fieles.

Las normas actuales

Actualmente, no se especifica nada por lo que respecta a la forma del cáliz, sino que se dice que “corresponde al artista crearlos, según el modelo que mejor corresponda a las costumbres de cada región”. Tan sólo se concreta que la forma sea adecuada para el uso litúrgico a que se destina el cáliz, de manera que se distinga de las copas para usos corrientes. En lo tocante al

material, se dice que los cálices estén hechos de metal noble y que si se fabrican de un metal oxidable, o de un oro poco noble, se deberá dorar la parte interior. Bajo ciertas condiciones también se admite el uso de otros materiales sólidos y nobles, tales como el ébano u otras maderas duras, mientras sean adecuadas al uso sagrado. En todo caso, se deberán escoger materiales que no se rompan fácilmente ni se deterioren.

La Patena

La **patena** es un plato, cuya concavidad es mínima, destinado a contener el pan de la Eucaristía.

Presenta una cierta unidad con el cáliz y por eso, en cuanto a la materia que ha sido hecha la patena, se ha asemejando, a lo largo de la historia, a la que se ha usado para el cáliz.

En las épocas en que el sacerdote consagraba sólo aquella forma con la que él comulgaría, la patena se redujo a una lámina con un mínimo de concavidad.

En la actualidad es habitual usar una patena de mayores dimensiones, que con frecuencia toma la forma de plato o de cesta, para que se pueda consagrar, no sólo el pan para el sacerdote y el diácono, sino también el destinado a los demás ministros y a los fieles, sobre todo si tenemos en cuenta que lo más aconsejable es que todos comulguen con las formas consagradas en la celebración de la que se participa.

Las normas que deben tenerse presentes en la actualidad, en lo tocante a la forma o al material con que se hacen las patenas, son las mismas que se han citado con relación al cáliz.

El corporal, la hijuela y la palia

El **corporal** es un lienzo de ropa blanca, habitualmente cuadrada, que se extiende sobre los manteles del altar en el momento de preparar las ofrendas eucarísticas. Sobre el corporal se colocan la patena con el pan y el cáliz con el vino preparados para el sacrificio de la Eucaristía. Este lienzo recibe el nombre de *corporal* porque, en determinadas épocas se colocaba directamente encima de él el pan eucarístico, el *cuerpo del Señor*.

Antiguamente el corporal era lo suficientemente largo para que con él se cubriera también el cáliz, a fin de que no cayesen en él polvo o motas o —en algunas épocas del año— mosquitos.

Cuando el corporal se redujo, se empezó a usar una pequeña pieza de ropa, de forma cuadrada, para cubrir la boca del cáliz. A esta pieza, nacida del corporal, se le llama ***hijuela***.

Para que la forma ya colocada en la patena, desde el inicio de la misa hasta antes de a presentación de las ofrendas, no recibiera ningún roce, se cubría con una fina pieza de ropa, de forma redonda, que recibía el nombre de ***palia***.

En algunas regiones los nombres de *hijuela* y *palia* se presentaban intercambiadas entre sí. A la pieza usada para tapar la boca del cáliz se le llamaba *palia* y recibía el nombre de *hijuela* la que cubría la forma.

El copón

El **copón** es el vaso —ahora conocido habitualmente con este nombre— destinado a la reserva de la Eucaristía. El origen del copón tiene una explicación muy sencilla: pronto se experimentó la necesidad de reservar el Santísimo Sacramento para poder llevar la comunión a los enfermos o a los prisioneros; por ello se hizo conveniente disponer de vasos sagrados dónde guardar la Eucaristía con toda dignidad.

Actualmente, el copón suele tener la forma de una copa, pero a diferencia del cáliz va acompañado de una cubierta cóncava que acostumbra a estar coronada por una pequeña cruz.

La palabra copón proviene del vocablo latino *cuppa*, que significa copa.

Aunque el copón ha recibido varios nombres a lo largo de la historia, según la forma que se le ha dado o por su concreta funcionalidad.

En ciertas épocas, los copones se llamaron “torres” (del latín *turres*), ya que eran vasos cilíndricos o cuadrados, dispuestos sobre un pie que los elevaba a manera de torres. La cubierta podía ir con o sin bisagras.

En otras ocasiones, también recibieron el nombre de “cimborios”. Algunos hacen derivar este nombre de la palabra griega *Kibórion* (fruto el nenúfar de

Egipto), ya que estas copas tenían la forma de este fruto. Otros hacen derivar, de forma quizás más discutible, esta denominación del latín *cibum* (alimento), ya que en este vaso se guarda el alimento del pan eucarístico. Actualmente, sólo se da el nombre de “cimborio” al baldaquino sostenido por columnas que sirve para cubrir solemnemente un altar.

A veces, el receptáculo para guardar algunas formas consagradas se conocía con el nombre de “paloma eucarística”, porque era una caja en forma de paloma, suspendida por unas caderas, la que servía para la santa Reserva.

Otro nombre dado al copón y que aún se encuentra en uso es el de ***pixis*** o ***píxide***. Recibe este nombre de una palabra griega que significa cajita.

Los antiguos daban este nombre a los pequeños cofrecillos para guardar joyas. Actualmente se da este nombre de *pixis* o *píxide* a los pequeños receptáculos que pueden contener una poca cantidad de formas consagradas y que facilitan el traslado de la Eucaristía, sobre todo cuando se lleva a los enfermos.

Las normas referentes al material o a las formas que deben observarse en su confección son, hoy en día, las que ya se han indicado para los cálices.

El Sagrario

El **sagrario** es el lugar donde se guarda el copón que contiene la reserva de la Eucaristía. Son cajas o pequeños armarios convenientemente ornamentados y destinados a la finalidad señalada.

Cada iglesia u oratorio debe tener un único sagrario, colocado de forma que los fieles puedan recogerse en oración ante la presencia permanente de Cristo en las especies eucarísticas.

De acuerdo con la estructura de cada iglesia y según las costumbres legítimas de cada lugar —nos dice el Misal—, el Santísimo Sacramento se guardará en un sagrario situado en la parte más noble de la iglesia, que se distinga, que esté dignamente adornada y apta para la oración.

El sagrario debe ser inamovible, de materia sólida no transparente, y cerrado para evitar al máximo cualquier peligro de profanación.

Teniendo presente que la presencia eucarística de Cristo es fruto de la consagración, lo mejor es que el sagrario no esté en el altar donde se celebra la misa. Por eso conviene colocar el sagrario en el presbiterio, en un lugar apto, pero fuera del altar de la celebración. Se puede poner en el altar que se usaba cuando se decía la misa de espaldas al pueblo, si es que, dadas sus características, aun se conserva, o se puede situar sobre una noble columna o ahuecado en la pared en forma de armario.

Las iglesias que disponen de espacio acostumbran a tener una capilla adecuada, llamada “capilla del Santísimo” y que está en armonía con el conjunto de la iglesia, de forma que se manifiesta a la vista de los fieles y posibilite que el Sacramento de la Eucaristía sea adorado y sea un lugar muy adecuado para la oración privada.

A veces, el sagrario recibe también el nombre de *tabernáculo* (“tienda”), recordando la “tienda del encuentro”, que después de la Alianza en el Sinaí y a lo largo del Éxodo era signo de la presencia de Dios en medio de su pueblo. Esta denominación nos recuerda, por otro lado, la conocida expresión de San Juan casi al inicio de su Evangelio, y que traducida directamente del griego dice así: “La Palabra se ha hecho carne y ha puesto su tienda entre nosotros” (Jn 1, 14).

El conopeo y la lámpara del Santísimo

Para indicar la presencia del Santísimo Sacramento en el Sagrario, éste se recubre con un velo, llamado **conopeo** (del griego *konopéion*, “velo en forma de pabellón”), que hace que el sagrario tome una forma de tienda o pabellón. No hay nada establecido sobre la tela que se debe usar en su confección, ni sobre su estilo ni sobre el color. En muchos lugares es costumbre que el conopeo sea de color con que se celebra la liturgia ese día. Con todo, debemos tener presente que, aunque se use entre nosotros, uso loable, el conopeo no es normativo.

Lo que sí se encuentra establecido, para indicar la presencia del Santísimo Sacramento en el sagrario, es la lámpara encendida que se sitúa cerca del mismo.

En concreto, nos dice el Misal: “Según una costumbre recibida, al lado del sagrario habrá siempre una lámpara encendida, alimentada con aceite o cera, que indique y honre la presencia del Cristo”.

El nombre que recibe esta lámpara es el de ***lámpara del Santísimo***. Es habitual que el aceite o la cera que la alimenta sea fruto de los donativos o las ofrendas de los fieles.

La Custodia

La ***custodia***, en realidad, es un vaso eucarístico que tiene su origen en el copón. Para que los fieles, en el momento de su adoración, pudieran contemplar al Santísimo Sacramento, se puso una pinza sobre la misma cubierta del copón para sostener la sagrada forma que, de este modo, quedaba expuesta o mostrada a los fieles.

Otro método fue el de practicar pequeñas oberturas allí donde se guardaba el Santísimo y, mediante elementos transparentes, se hiciera visible el pan eucarístico. De aquí se pasó a disponer de un utensilio, hecho con dos láminas de cristal, provistas de un círculo metálico (semicircular o circular, llamado *lúnula*, "luneta") que posibilitaba que, entre las dos láminas de cristal se pudiese poner, de modo que quedase segura, una forma consagrada, relativamente grande, para que pudiera ser vista por los fieles. Este utensilio es el que recibe, finalmente, el nombre de ***viril***. La caja donde se guardaba el viril, cuando el Santísimo no se exponía ante los fieles y quedaba "guardado" en el sagrario, lo que recibe el nombre de ***custodia***. Más tarde sobre todo cuando se extendió el culto a la Eucaristía de manera que el Cuerpo de Cristo llega a ser llevado en procesión por las calles, es decir al extenderse la fiesta del Corpus (del Cuerpo de Cristo), fiesta que tuvo sus inicios en la diócesis de Lieja en 1246, es cuando se empezaron a construir unos ***ostensorios*** (del latín *osténdere*, "mostrar") de notables dimensiones y de singular belleza.

Estas custodias u ostensorios empezaron a tener un uso generalizado a partir del siglo XV. La forma del "ostensorio de las custodias" de los siglos XIV y XV era la de un templete o torre gótica artísticamente elaborada. De esa época se conservan custodias que son verdaderas obras de arte de la mejor orfebrería. A partir del barroco las custodias toman la forma de un sol (que constituye la parte central donde se coloca el viril con la Eucaristía) rodeado de rayos luminosos. Esta forma de custodia es la que se ha mantenido de manera más habitual hasta nuestros días.

El Tálamo y la umbela

Cuando se lleva en procesión el Santísimo, para hacerlo con plena dignidad y reverencia, se usa el **tálamo**: una especie de dosel, habitualmente de seda blanca, de forma rectangular y sostenida por cuatro o más varas largas. El **tálamo** también recibe el nombre de **palio**. Por eso se suele decir que el Santísimo es llevado *bajo tálamo o Bajo tálamo o bajo palio*.

Cuando no se traslada el Santísimo con tanta solemnidad se usa un dosel más sencillo, con frecuencia incluso plegable, que puede llevar una sola persona y que recibe el nombre (que se ha mantenido del latín) de **umbela**.

El Hostiario

Recibe el nombre de **hostiario** la caja donde se guardan las hostias destinadas a la celebración de la Eucaristía. Primero fueron de hierro y más tarde se confeccionaron de plata, de cobre o de algún otro metal.

Los moldes para hacer hostias reciben también el nombre de **hostiarios**: consisten en una especie de largas tenazas con dos planchas redondas o rectangulares en su extremo con a figura de la hostia dibujada en el interior donde se pone la pasta para hacerlas. Ya se encuentran citadas en el siglo IX.

Las Vinajeras

Las **vinajeras** son unas botellitas que contienen el vino y el agua destinados a la celebración de la Eucaristía.

Acostumbran ser de dimensiones modestas para que el líquido que contienen no tenga que permanecer demasiados días en su interior y se vayan limpiando con asiduidad a fin de que estén siempre lo suficientemente limpias teniendo en cuenta la finalidad del vino y del agua que contienen.

Tal como las tenemos hoy en día, es decir dos botellitas de cristal de dimensiones similares y puestas sobre una base que las une, es como se conocen desde el siglo XIII. A inicios del siglo XVI se generalizó el uso de la plata para las vinajeras.

En cuanto al material de que están hechas las vinajeras, no existe ninguna norma que lo concrete. Por lo tanto, pueden ser de cristal, de cerámica o de algún metal adecuado.

Es útil que sean de cristal ya que se evita la confusión sobre cuál vinajera contiene el vino y cuál el agua. Si son de cristal, también son más fáciles de limpiar. En caso de no ser transparentes es necesario que lleven un signo muy claro que indique qué contienen, a no ser que sean de diferentes dimensiones: una mayor para el vino y otra más pequeña para el agua.

En aquellas ocasiones en que los fieles, durante la procesión de las ofrendas, presentan el pan y el vino que se tienen que consagrar, conviene que presenten el vino y el agua en los recipientes propios de estos elementos y no mediante cálices ya llenos y preparados y, menos aún, que presenten cálices vacíos. Es bueno dejar patente que lo que ofrecen los fieles son los elementos del vino y del agua y no los cálices, que tan solo son aquellos receptáculos muy dignos, es cierto, del vino que se ha de consagrar.

La Cucharilla

La **cucharilla**, como indica su nombre en diminutivo, es una cuchara de dimensiones reducidas, habitualmente de material noble, que se usaba, en el momento de preparar el cáliz para la misa, para mezclar, con el vino, tan solo tres o cuatro gotas de agua. Aunque la rúbrica no lo prescribiera, era costumbre hacerlo así para que realmente fuera poca el agua que se mezclaba con el vino para consagrar.

Actualmente, la cucharilla ha dejado de usarse porque, al echar el agua en el vino, tanto el diácono como el sacerdote que preparan el cáliz ya procuran cumplir la rúbrica que dice que “se vierte el vino y un poco de agua en el cáliz”.

El Lavabo

Se da el nombre de **lavabo** al conjunto del aguamanil, una pequeña jarra con agua y una toalla. Es decir, a lo necesario para lavar las manos.

Se usa cuando el ministro debe lavarse las manos; después de ungir o de imponer la ceniza, por ejemplo.

También se usa cuando quien preside la celebración eucarística, una vez preparadas las ofrendas en el altar, se lava las manos para expresar así el deseo de una purificación interior.

También se da el nombre de **lavabo** a la pequeña toalla con que el sacerdote se seca las manos después de habérselas lavado.

El Portapaz

El **portapaz** es una lámina de metal ornamentada con una cruz o un calvario. En la parte posterior lleva un asa para poder ser llevado con facilidad y se pueda presentar a los fieles. Éstos lo besaban para expresar que recibían a paz, que les venía del altar, en el contexto de los ritos que preparan a la comunión. Teniendo presente la manera como actualmente los fieles, antes de comulgar, acostumbran a expresarse la comunión eclesial y la mutua caridad, el portapaz ha caído en desuso.

3.– *Objetos relacionados con otros actos de culto*

Las Crismeras

Aunque habitualmente se use la denominación plural (**crismeras**), propiamente debería hablarse de la **crismera**. La crismera es el pequeño frasco donde se guarda el Óleo del santo Crisma, aquel aceite al que se le ha mezclado bálsamo, o un perfume equiparable, y que ha sido consagrado por el obispo en aquella celebración que prepara para las fiestas pascuales: la “Misa crismal”.

Con el *Santo Crisma* se unge a las personas o cosas que se consagran al Señor. Se unge con el crisma, en la coronilla, a los recién bautizados; en la frente a los que reciben el sacramento de la confirmación; en la ordenación episcopal, el nuevo obispo es ungido con el crisma en la cabeza; en la ordenación presbiteral, a los nuevos presbíteros en las manos; cuando un altar o una iglesia son dedicados al Señor, tanto el altar como las paredes de la iglesia reciben la unción del santo crisma. Por otro lado, teniendo presente que el santo crisma, debido al perfume que contiene, despide buen olor, recuerda que todos —o todas las cosas— los que han recibido la unción del Crisma deben desprender el buen olor de Cristo.

El sentido que la Iglesia da a la unción con el Santo Crisma lo encontramos en estos textos, sacados de la oración con la que el obispo consagra este óleo y a la que se unen los presbíteros presentes. Un texto dice así: “Te pedimos que hagas que este crisma sea sacramento de la plenitud de la vida cristiana para todos los que van a ser renovados por el baño del bautismo; haz que los consagrados por esta unción, libres del pecado en que nacieron, y convertidos en templo de tu divina presencia, exhalen el perfume de una vida santa; que, fieles al sentido de la unción, vivan según su condición de reyes, sacerdotes y profetas y que este óleo sea, para cuantos renazcan del agua y del Espíritu Santo, crisma de salvación y les haga partícipes de la vida eterna”. El otro texto dice: “Derrama sobre nuestros hermanos, cuando sean ungidos con este crisma, la abundancia de los dones del Espíritu Santo, y que los lugares y objetos consagrados por este óleo sean para tu pueblo motivo de santificación. Pero ante todo, Señor te suplicamos que por medio del sacramento del crisma hagas crecer a tu Iglesia en el número y santidad de sus hijos, hasta que, según la medida de Cristo alcancen aquella plenitud en la que Tú, en el esplendor de gloria, junto con tu Hijo y en la unidad del Espíritu Santo, lo serás todo en todos”.

Por extensión, cuando hablamos en plural de las *crismeras* nos referimos al conjunto de los tres frasquitos que contienen los Santos Óleos. Es decir, que junto con el vaso que contiene el Santo Crisma, se incluyen, al hablar así, los frascos que contienen el Óleo de los Catecúmenos y el Óleo de los enfermos.

El Óleo de los *Catecúmenos* es el que se usa para ungir a los que se preparan para recibir el bautismo, a fin de que la protección y la fuerza del Señor impregnen su vida. Por eso, cuando se bendice este óleo, el obispo ora diciendo: “Concede tu fortaleza a los catecúmenos que han de ser ungidos con él, para que, al aumentar en ellos el conocimiento de las realidades divinas y la valentía en el combate de la fe, vivan más hondamente el evangelio de Cristo y emprendan animosos la tarea cristiana”.

El Óleo de los *Enfermos* se usa para ungir a los cristianos que se encuentran en estado de debilidad a causa de una enfermedad grave, es decir se usa para administrar el sacramento de la Unción de los enfermos. Al bendecirlo, el obispo dice: “Tú, Señor, que has hecho que el leño verde del olivo produzca aceite abundante para vigor de nuestro cuerpo, enriquece con tu bendición este óleo para que cuantos sean ungidos con él sientan en cuerpo y alma tu divina protección y experimenten alivio en sus enfermedades y dolores”.

Estos tres Santos Óleos, que es como se llaman en su conjunto, se guardan en unos frascos de plata o de algún otro material noble que no pueda deteriorarse por el ácido del aceite. A veces se guardan también en pequeños frascos de cristal, pero protegidos convenientemente para que no se rompan con facilidad. Estos pequeños frascos acostumbran a llevar grabadas unas iniciales, indicativas del óleo que contienen. La mayoría de las veces estas iniciales son S.C. (para el Santo Crisma), O.I. (para el Óleo de los enfermos, “infirmorum”, en latín) y O.S. o bien O.C. (para el Óleo de los Catecúmenos), pero, ya que estas iniciales pueden llevar a veces a confusión, es mejor que aparezca el nombre entero: Santo Crisma, Óleo de los Enfermos, Óleo de los Catecúmenos.

Estos frasquitos suelen guardarse juntos en una caja o estuche en un lugar digno de la sacristía o cerca del bautisterio. Cuando se tienen que usar los óleos, o cuando se tienen que trasladar —sobre todo para Óleo de los Enfermos— se ponen en un pequeño recipiente con algodón empapado del óleo correspondiente para que, así no puedan derramarse.

La Concha Bautismal

La **concha bautismal** es el cuenco, al que se ha aplicado un mango, que se usa para administrar el bautismo por infusión.

La forma de concha de la parte cóncava recuerda el bautismo recibido en las aguas vivas del río, supuestamente con conchas en su orilla. Pero ésta es sólo una manera artística de presentar la concha bautismal. Un aspecto que nada quita ni añade al uso de este utensilio cuya única característica básica es que con él se pueda derramar abundantemente el agua sobre el que es bautizado.

El Incensario

El **incensario** es un pequeño brasero con la cubierta agujereada suspendido con cadenillas, que sirve para quemar incienso.

El **incienso** es una resina aromática que, al quemar, desprende un tenue humo odorífero. Para que pueda quemar bien, esta resina tiene que haber sido reducido a granitos antes de ser echado a las brasas contenidas en el incensario.

A veces, con el incienso se mezclan otras sustancias aromáticas. Para hacer que se vaya esparciendo el humo oloroso del incienso se va balanceando armoniosamente el incensario de un lado para otro.

El *uso del incienso* se encuentra citado tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Del Antiguo podemos recordar el altar del incienso situado ante el santuario donde estaba el arca de la alianza: “Aarón quemará en él incienso aromático; lo quemará todas las mañanas, al preparar las lámparas, y lo quemará también cuando al atardecer alimente las lámparas. Será incienso continuo ante Yahvéh, de generación en generación” (Ex 30, 7-8; Cf. Lc 1, 9-11).

Y también que, cuando se celebra el gran día de la Expiación, el gran sacerdote llenaba de incienso el interior del santuario: “Tomará después un incensario lleno de brasas tomadas del altar que está ante Yahvéh y dos puñados de incienso aromático en polvo y, llevándolo detrás del velo, pondrá el incienso sobre el fuego, delante de Yahvéh, para que la nube del incienso envuelva el propiciatorio que está encima del Testimonio” (Lv 16, 12-13). El incienso es símbolo de la oración de los fieles que se eleva hasta el cielo: “Suba mi oración como incienso en tu presencia” (Salmo 140, 2). O, como reza la visión del Apocalipsis: “otro Ángel vino y se puso junto al altar con un badil de oro. Se le dieron muchos perfumes para que, con las oraciones de todos los santos, los ofreciera sobre el altar de oro colocado delante del trono. Y por mano de Ángel subió delante de Dios la humareda de los perfumes con las oraciones de los santos” (Ap 8, 3-4).

La Iglesia usa el incienso como signo de adoración y de oración; también para expresar veneración hacia todo lo referente a Dios: la cruz, el altar, el libro de los Evangelios, las ofrendas puestas sobre el altar, el sacerdote que preside la celebración, y los mismos fieles; en las exequias también son incensados los restos mortales de los bautizados, para honrar el cuerpo que ha sido templo del Espíritu Santo.

El Incensario también recibe el nombre de **turíbulo**, que proviene del latín “thus” (incienso). El ministro que lleva el incensario y lo presenta a quien echa el incienso e incienso, recibe el nombre **turiferario** (el que lleva el turíbulo).

La naveta

La **naveta** es el recipiente con el incienso que se usará en la celebración litúrgica. Recibe el nombre de naveta debido a que, con frecuencia, tiene la forma de pequeña nave. La naveta va acompañada usualmente de una cucharilla que facilita cómo poner el incienso sobre las brasas que contiene el pequeño brasero del incensario.

El Aspersorio

Cuando los fieles han de ser aspergidos con agua bendita, o se tiene que asperger algo o algún lugar, se usa un *acetre*, de fácil transporte, que contiene agua para aspersion. Habitualmente estos pequeños calderos, con un asa a manera de cubos, son de metal.

El **aspersorio**, propiamente, es el instrumento que se usa para asperger. Se trata de un cuerpo esférico, vacío, con orificios, fijado al extremo de un mango. En la esfera se coloca una esponja, que ayuda a retener el agua y a poder ser aspergida sin que gotee por el mango.

El aspersorio también recibe el nombre de **hisopo**. Se debe al hecho de que también se usaba, en vez del utensilio acabado de describir, un ramito de hojas de la planta del hisopo, una pequeña planta aromática que crece en los secos prados de montaña y que se presta a ser apta para la aspersion.

Cabe añadir un pequeño detalle y es que durante mucho tiempo se tuvo la costumbre, hoy casi perdida, de mezclar sal bendecida en el agua que se iba a bendecir para hacer la aspersion.

La Cruz

La **cruz**, el signo cristiano por excelencia, porque fue desde la cruz que Cristo nos redimió, preside siempre las celebraciones litúrgicas.

Refiriéndose a la cruz, el Misal nos dice: “También sobre el altar o junto a él colóquese la cruz, que quede bien visible para la asamblea congregada. Conviene que esta cruz permanezca cerca del altar incluso después de las celebraciones litúrgicas, para renovar en los fieles el recuerdo de la pasión salvífica del Señor.

Por tanto, esta cruz puede situarse directamente sobre el altar y debe tener, en este caso, unas dimensiones adecuadas para que, aunque tenga que ser vista por todos los fieles, no sea tan grande que desentone por sus dimensiones del conjunto del altar); también puede estar suspendida del baldaquino que cubre el altar; o puede ser una cruz más grande colgada en la pared del presbiterio y que, desde allí presida el presbiterio y la misma iglesia.

También tenemos la **cruz procesional**: es la cruz que encabeza las procesiones y que, llevada suficientemente elevada va seguida por todos los que participan en la procesión. Cuando esta cruz encabeza la procesión del rito de entrada de la celebración de la Misa, puede ser la misma cruz que presida también la celebración eucarística, una vez situada cerca del altar y puesta sobre un sustentáculo que la mantenga erguida. La cruz procesional se compone de una vara, en el extremo superior de la cual se encuentra la cruz propiamente dicha.

De esta manera se puede llevar con facilidad y mantenerse, durante la procesión, lo bastante elevada para que pueda ser vista por cuantos la siguen. El ministro que lleva la cruz recibe el nombre de **cruciferario**.

Aún debemos citar la **cruz pectoral**, que los obispos y algunas otras dignidades eclesiásticas, como los abades, llevan colgada sobre el pecho.

Habitualmente se dice que tiene su origen en la cruz que —con reliquias en su interior— muchos fieles de los primeros siglos cristianos llevaban colgada sobre el pecho. Cuando se perdió esta costumbre entre los fieles, los pastores la conservaron piadosamente.

Los Candeleros

Los **candeleros** son aquellos utensilios que sirven para mantener derecha una vela o una candela, y consisten en un cilindro hueco unido a un pie por una barreta o columnilla.

Los candeleros que tienen varios brazos o ramas se llaman **candelabros**.

Habitualmente los altares preparados para la celebración de la Eucaristía se ornamentan con candeleros que sostienen cirios encendidos. Actualmente, no está determinado el número de candeleros que se debe disponer para la Misa. Es importante tener presente lo que el Misal nos dice sobre el lugar que deben

ocupar los candeleros: “Los candeleros, que en cada acción litúrgica se requieren como expresión de veneración o de celebración festiva, colóquense en la forma más conveniente, o sobre el altar o alrededor de él, o cerca del mismo, teniendo en cuenta la estructura del altar y del presbiterio, de modo que el todo forme una armónica unidad y no impida a los fieles ver fácilmente lo que sobre el altar se hace o se coloca”.

Hay un candelero insigne, el **candelero del cirio pascual**. Acostumbra a ser de unas dimensiones bastante notables y en la fiesta de Pascua aparece dignamente decorado. Durante el tiempo pascual sostiene el cirio pascual cerca del ambón.

Los candeleros largos, de manera que puedan ser llevados en procesión encabezándola o al lado de la cruz procesional, reciben el nombre de **ciriales**.

Los ministros que llevan los ciriales reciben el nombre de *ceroferarios* (que significa “los que llevan los cirios”).

Los relicarios

Los **relicarios** son las cajas o estuches donde se conservan las reliquias, es decir los restos venerables de un santo.

Muchas veces los relicarios toman la forma de una pequeña custodia en el centro de la cual se encuentra la reliquia del santo detrás de una protección de cristal para que, presentada así, pueda ser fácilmente objeto de la veneración de los fieles.

Cuando se dispone de reliquias llamadas *insignes*, es decir de una parte entera e importante del cuerpo, como puede ser la cabeza o un brazo, los relicarios toman formas especiales o forma de cofrecillo, con una parte que puede ir descubierta para su veneración.

Cuando se tiene que dedicar un altar al Señor y se dispone de reliquias insignes, sobre todo si son de mártires, estas reliquias se colocan dentro de un pequeño cofre bajo la mesa del altar (nunca encima del altar o dentro de la mesa), para expresar que el sacrificio de los miembros proviene del sacrificio de quien es su Cabeza. Los relicarios en forma de caja o de cofrecillo, como los que se colocan bajo la mesa del altar, reciben el nombre de **lipsanotecas**. La caja donde se conserva la reliquia o las reliquias de un santo puede

también recibir el nombre de **teca** (del griego *theké*, que quiere decir armario o caja).

Las cajitas de forma redonda, cuadrangular o de cruz, que contenían reliquias y que era costumbre llevar colgadas del pecho con una cadena, recibían el nombre de **encolpion**.

Las Campanas

Las **campanas** son definidas como “instrumento metálico, generalmente en forma de copa invertida, que suena al ser golpeado por un badajo o por un martillo exterior”. Más allá de su definición, cabe ser sensibles al sentido que la Iglesia da a su uso. Lo encontramos muy bien explicado en el *Bendicional*. Nos dice: “Existe la antigua costumbre de convocar al pueblo cristiano para la asamblea litúrgica y advertirle de los principales acontecimientos de la comunidad local por medio de algún signo o sonido. Tal es la misión específica de las campanas. En efecto, el tañer de la campana es, de alguna manera, la expresión de los sentimientos del pueblo de Dios, cuando este pueblo exulta o llora, da gracias o suplica, se congrega y pone de manifiesto el misterio de su unidad en Cristo”.

Esto se hace patente en la bendición de una campana mediante esta súplica: “Bendice, Señor, esta nueva campana y haz que todos tus hijos, al oír su voz, eleven a ti sus corazones y, compartiendo las alegrías y las penas de los hermanos, vayan con prontitud a la iglesia, donde sientan a Cristo presente, escuchen tu palabra y te expongan sus deseos”.

Esta es la función de las campanas desde los campanarios de nuestras iglesias y a través de los diversos toques con que se hacen audibles a los fieles.

Este mismo instrumento se presenta disponible en forma reducida. Lo llamamos **campanilla**: campana pequeña, especialmente la manual, provista de un mango para que pueda usarse cómodamente. Se usa o usaba en el interior de la iglesia para indicar, de manera particular, el momento de la consagración.

En el interior de muchas iglesias existe lo que llamamos **carillón**: un juego de campanillas afinadas con diferentes notas y colocadas en un círculo que, al hacerlo girar, produce un armonioso toque de campanas. El carillón se usa en ocasiones solemnes de la vida de la asamblea.

Aunque no se trate de una campana, también debemos mencionar la **matraca**: instrumento compuesto de dos o más maderas articuladas que, puesto en movimiento, suena de manera seca y repetida. Se usaba los días de Semana Santa en los que, a causa de su austeridad, se evitaba el sonido festivo de las campanas.

El Anillo Episcopal

El anillo episcopal quiere expresar la fidelidad del obispo hacia la esposa de Dios, la Iglesia. Además de ser un anillo muy visible, y hoy en día decorado con una cruz o un signo cristiano, no tiene características especiales.

El obispo recibe la imposición del anillo episcopal con estas palabras: “Recibe este anillo, signo de fidelidad, y, adornado con una fe íntegra guarda la esposa de Dios, la Iglesia santa, con conciencia pura”.

El anillo episcopal propio del Papa se llama **anillo del pescador**. Originariamente era el anillo con que los sucesores de Pedro en la Iglesia de Roma imprimían su sello en los documentos que firmaban.

El Báculo

El **báculo** es una insignia episcopal. Consiste en un bastón largo, ricamente elaborado, de la altura de un hombre, con un cayado en la parte superior. Mediante el báculo se subraya el encargado de regir la Iglesia que es confiada al obispo.

El báculo se entrega al nuevo obispo con estas palabras: “Recibe el báculo, signo de ministerio pastoral, y cuida de todo el rebaño que el Espíritu Santo te ha encargado guardar, como pastor de la Iglesia de Dios”.

El Santo Padre, en las celebraciones litúrgicas, no se sirve de báculo porque cuando su uso se generalizó los Papas ya tenían su propia insignia: la **férula**, un bastón que, en su parte superior estaba rematado con una cruz, llamada también Tau. En nuestros tiempos, Pablo VI rehabilitó la férula para uso litúrgico. Desde entonces, durante las celebraciones litúrgicas, los Papas usan un báculo pastoral en forma de cruz, que recuerda la antigua férula.

Sumario

1. A modo de introducción
2. Cada cosa y su nombre
3. Objetos relacionados con el culto eucarístico
4. Objetos relacionados con otros actos de culto

Bibliografía: Josep Urdeix. Los Objetos de uso litúrgico, (Centre de Pastoral Litúrgica Barcelona 2004).